

DOMINGO 18 DEL TIEMPO ORDINARIO

«Denles Uds de comer» —Mt 14, 16

DOMINGO 18 DEL TIEMPO ORDINARIO

DENLES UDS. DE COMER

No que cada uno se compre.

Mt 14, 16

Cuando lo poco se **comparte** con **bendición**, alcanza para todos y sobra.



 DIOS PROVEE Abre su mano y sacia de favores a todo viviente. (Sal 144)	 AMOR INVENCIBLE Nada puede separarnos del amor de Dios en Cristo Jesús. (Rom 8, 35.37-39)	 COMPASIÓN QUE ACTÚA Jesús se conmovió y les dio de comer. Nos invita a hacer lo mismo.	 GESTO EUCARÍSTICO Tomó, bendijo, partió y dio. Así se parte y se da por nosotros.
--	---	--	--

 Ningún hermano o hermana debería tener hambre.
Compartamos lo que tenemos.
La mesa compartida es sacramento de fraternidad.

“ Abres tú la mano, Señor, y nos sacias de favores. ”

Sal 144, 16

Las lecturas de este domingo forman una unidad poderosa articulada en torno a una sola imagen: el hambre humana y la respuesta de Dios que sacia con generosidad desbordante. El eje teológico no es el prodigio en sí mismo, sino la lógica del don que reemplaza a la lógica del mercado: frente al «que cada uno se compre», Jesús opone el «dadles vosotros de comer». Las lecturas se articulan en cuatro movimientos:

- **Is 55, 1-3** → Invitación profética: Dios convoca a los sedientos y hambrientos a comer y beber gratis. La Palabra y la Alianza son el alimento verdadero que no defrauda. ¿Por qué gastar en lo que no alimenta?
- **Sal 144** → Eco orante: «Abres tú la mano, Señor, y nos sacias de favores». Dios da comida a su tiempo a todo viviente. El retrato de Dios como proveedor misericordioso que aparece varios domingos seguidos.
- **Rom 8, 35.37-39** → Fundamento inconmovible: nada ni nadie puede separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo. Ni la aflicción, ni el hambre, ni la persecución. Este amor es la fuerza invencible que sostiene toda acción solidaria.
- **Mt 14, 13-21** → Cumplimiento narrativo: Jesús, movido por compasión, cura a los enfermos y luego alimenta a la multitud con cinco panes y dos peces. El milagro no es un prodigio mágico sino un signo: cuando lo poco se comparte con bendición, sobra para todos.

El hilo conductor es la compasión de Jesús — «se compadeció» — como origen de toda acción. El arco narrativo va de la promesa profética de saciedad gratuita (Isaías) → a la certeza del amor invencible de Dios (Pablo) → al signo concreto de la multiplicación como llamada a la solidaridad (Mateo). El texto no habla principalmente de un milagro del pasado sino de una consigna para el presente: «denles Uds de comer».

CONCEPTOS TEOLÓGICOS

1. El hambre como realidad total: pan material y alimento espiritual (Isaías): Isaías distingue dos tipos de hambre y dos tipos de alimento. Hay alimentos que no sacian: en lo que se gasta dinero sin recibir hartura. Y hay el alimento verdadero: la Palabra de Dios, la Alianza, la relación con Él. Esta distinción no espiritualiza el problema del pan físico — la primera lectura habla de agua, vino y leche reales — sino que lo amplía: el ser humano tiene hambre de pan y hambre de sentido, de amor, de Dios. Jesús responderá a ambas hambres.

2. El amor invencible de Dios en Cristo (Romanos 8): Pablo enumera todas las fuerzas que podrían separarnos del amor de Cristo: tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro, espada, ángeles, principados, presente, futuro. Y afirma con total certeza: nada puede separarnos. Este amor no es el nuestro hacia Dios — frágil y cedería — sino el amor de Dios hacia nosotros, manifestado en Cristo Jesús. Esa certeza es la base que libera para la solidaridad sin miedo: quien sabe que es amado invenciblemente puede dar sin calcular.

3. La compasión como motor del milagro: Mateo subraya que Jesús «vio el gentío y le dio lástima». La compasión — el verbo griego *splangchnízomai* evoca las entrañas conmovidas — es el origen de toda su acción. No actúa desde la obligación moral ni desde la estrategia pastoral: actúa desde el corazón conmovido ante el sufrimiento. Esta compasión es el rasgo más propio de Jesús y el que sus discípulos deben aprender. Sin compasión, la caridad cristiana se convierte en asistencialismo frío.

4. Comprar versus dar: dos lógicas opuestas: El diálogo entre Jesús y sus discípulos revela el choque entre dos lógicas. Los discípulos proponen la solución del mercado: «despidelos para que vayan a las aldeas y se compren comida». Cada uno que resuelva su problema según sus recursos. Jesús responde con una lógica radicalmente diferente: «no necesitan marcharse, dadles vosotros de comer». El compartir sustituye al comprar. Lo poco puesto en común, bendecido por Dios, alcanza para todos y sobra. Esta es la alternativa evangélica a la lógica del mercado que abandona a los que no pueden comprar.

5. El gesto eucarístico: tomó, bendijo, partió, dio: La descripción de Jesús tomando los panes, bendiciendo, partiéndolos y dándolos a los discípulos para que los distribuyan es intencionalmente la misma que la de la Última Cena. Mateo quiere que sus lectores vean la Eucaristía. La multiplicación es un signo de lo que ocurre en cada Eucaristía: Cristo se parte y se da. Y los discípulos — la comunidad — tienen la responsabilidad de distribuir ese don a todos. La Eucaristía sin solidaridad concreta es una contradicción en sus términos.

6. La fraternidad como sacramento: la mesa compartida: Los textos complementarios amplían la teología de la mesa: comer juntos no es un acto biológico individual sino un gesto profundamente humano de encuentro, confianza y fraternidad. La comida deshumanizada — rápida, solitaria, funcional — es síntoma de una sociedad rota. Jesús invita a sentarse juntos, a bendecir a Dios por lo que se recibe, a no comer tranquilos mientras hay hambrientos a nuestro lado. La mesa compartida es sacramento de fraternidad.

El material invita a una interpelación profética (textos complementarios): La muralla ante los inmigrantes, el hambre en el mundo, la mesa deshumanizada, la Eucaristía sin solidaridad. ¿Dónde estamos los seguidores de Jesús cuando se oye su grito: «dadles Uds. de comer»?

La distribución forma un movimiento que va de la promesa (Isaías) → al fundamento (Pablo) → al signo (Mateo) → al desafío profético (textos complementarios). Todo converge en una sola pregunta: ¿cuándo se oye en nuestras eucaristías el grito de Jesús: «dadles vosotros de comer»?

Los discípulos tenían buena solución para el problema del hambre: que cada uno se vaya a su aldea y se compre comida. Razonable. Eficiente. Y profundamente deshumanizante: abandona a su suerte a quien no puede comprar. Jesús no acepta esa lógica. Dice: «no necesitan marcharse; dadles vosotros de comer». Lo poco puesto en común, bendecido por Dios, alcanza para todos y sobra. Esta no es solo la historia de un milagro del pasado. Es la consigna de Jesús para hoy, para nosotros, para cada comunidad que celebra la Eucaristía y luego sale a la calle donde hay personas con hambre de pan y hambre de sentido.

El texto nos interpela con una fuerza inusual. La lógica del «que cada uno se compre» es la lógica dominante de nuestra sociedad: cada uno que resuelva sus problemas según sus recursos, y el que no puede que se las arregle. Frente a esa lógica, Jesús opone el dar gratuito, el compartir lo poco que hay, la confianza en que cuando se comparte con bendición alcanza para todos.

Pablo añade la base espiritual que hace posible esa generosidad: nada puede separarnos del amor de Dios en Cristo. Quien vive en esa certeza no necesita acumular para sentirse seguro. Puede dar porque sabe que es amado con un amor que ninguna crisis puede llevarse.

Y los textos complementarios colocan la interpelación en términos históricos concretos: los millones de personas que mueren de hambre, los inmigrantes que buscan pan y son rechazados, la mesa familiar deshumanizada, la Eucaristía celebrada sin conexión con los hambrientos del barrio. La pregunta es directa: **¿en nombre de qué Dios despedimos a los hambrientos para que se compren comida en otro lado?**

Hace muchos siglos, el profeta Isaías escuchó a Dios decir algo que todavía suena a provocación: «¡Venid, los que tenéis sed, venid por agua! Los que no tenéis dinero, venid, comed gratis». Gratis. Sin pagar. Sin méritos previos. La lógica del don frente a la lógica del mercado.

El salmista lo canta desde su experiencia: «Abres tú la mano, Señor, y nos sacias de favores». La mano abierta de Dios — imagen sencilla y poderosa. No la mano que cobra. No la mano que exige. La mano que da.

Pablo, desde su vida agitada de apóstol que conoció de primera mano la tribulación, el peligro y el hambre, proclama con certeza asombrosa: nada puede separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús. Ni la angustia, ni la persecución, ni el hambre, ni la desnudez, ni la espada. Nada. Este amor no es el nuestro hacia Dios — ese sí que es frágil — sino el amor de Dios hacia nosotros. Invencible. Y quien sabe que es amado con ese amor puede dar sin miedo.

Y llega el evangelio. Jesús quería retirarse a descansar. Pero la multitud lo siguió. Y el texto dice algo que lo explica todo: «al ver el gentío, le dio lástima». Las entrañas conmovidas. La compasión que no puede quedarse quieta. Curó a los enfermos. Y cuando llegó la tarde, sus discípulos le propusieron la solución razonable:

«Ya es tarde. Despiden a la gente para que vayan a las aldeas y se compren comida».

Razonable. Eficiente. Y profundamente deshumanizante: ¿qué hacen los que no tienen dinero para comprar? Jesús no acepta esa lógica. Responde:

«No necesitan marcharse. Denles Uds de comer».

Los discípulos miran lo que tienen: cinco panes y dos peces. Una miseria para cinco mil personas. Pero Jesús hace algo que Mateo describe con las mismas palabras que usará para la Última Cena: tomó los panes, elevó los ojos al cielo, pronunció la bendición, los partió y se los dio a los discípulos, y los discípulos los dieron a la gente.

Y comieron todos hasta saciarse. Y sobraron doce cestos.

Aquí no se habla de un truco mágico. Se habla de lo que ocurre cuando lo poco se pone en común con bendición: alcanza para todos y sobra. Esta es la lógica del Reino frente a la lógica del mercado. No «que cada uno se compre», sino «compartid lo que tenéis». Cuando la creación se libera del egoísmo humano, sobra para cubrir la necesidad de todos.

La pregunta queda suspendida sobre nosotros: ¿cuándo se oye en nuestras eucaristías el grito de Jesús? Porque celebramos la Eucaristía — el mismo gesto de tomar, bendecir, partir y dar — y luego salimos a la calle donde hay personas con hambre de pan y hambre de sentido, de amor, de compañía, de Dios. ¿La conexión entre el altar y la vida es real en nuestras comunidades? ¿O también nosotros despedimos a los hambrientos para que se vayan a comprar al pueblo vecino?

Isaías tiene una pregunta que nos viene bien escuchar: «¿Por qué gastar dinero en lo que no alimenta?» Hay hambres que el dinero no sacia. Hay soledades que el consumo no llena. Hay preguntas sobre el sentido de la vida que ninguna pantalla responde. Y para esas hambres también vale la consigna de Jesús: dadles vosotros de comer. Con vuestra presencia, vuestra escucha, vuestra Palabra compartida, vuestra mesa abierta.

Ahora ... qué haremos?

1

Dejarse conmover: cultivar la compasión como actitud espiritual fundamental

Jesús actúa porque «le da lástima». La compasión — las entrañas conmovidas ante el sufrimiento ajeno — es el origen de toda acción solidaria auténtica. Sin ella, la caridad se convierte en asistencialismo frío. Proponer en la comunidad ejercicios concretos de apertura a la realidad del sufrimiento: visitas, contacto directo con situaciones de pobreza, lecturas que abran los ojos a lo que no se ve desde la comodidad.

2

Resistir la lógica del «que cada uno se compre»: proponer la cultura del don

La propuesta de los discípulos — que cada uno vaya a comprarse comida — es la lógica dominante de nuestra sociedad. Jesús la rechaza explícitamente. Proponer en la comunidad y en la catequesis la alternativa evangélica: la gratuidad, el compartir, la solidaridad concreta con quienes no pueden comprar. Revisar qué porcentaje de los recursos comunitarios se destinan al interior y qué porcentaje al afuera.

3

Conectar la Eucaristía con la solidaridad concreta

El gesto de Jesús con los panes es intencionalmente eucarístico. No se puede celebrar la Eucaristía de espaldas a los hambrientos. Proponer en cada comunidad un vínculo visible entre la celebración litúrgica y la acción

solidaria: colectas para los más necesitados, visitas a enfermos y ancianos, apoyo a migrantes, banco de alimentos. La Eucaristía sin ese horizonte pierde su sentido más profundo.

Acoger al migrante y al refugiado como respuesta evangélica concreta

El texto complementario sobre «la muralla europea» tiene hoy una vigencia dolorosa. Los millones de personas que buscan pan y son rechazados plantean a cada comunidad cristiana una pregunta ineludible: ¿en nombre de qué Dios los despedimos? Proponer en la comunidad acciones concretas de acogida, acompañamiento legal, integración social de personas migrantes o refugiadas presentes en el entorno.

Recuperar la mesa familiar y comunitaria como espacio de fraternidad

La mesa deshumanizada — rápida, solitaria, funcional — es síntoma de una sociedad que ha perdido la fraternidad. Proponer el redescubrimiento de la mesa compartida como gesto espiritual y humano: bendecir los alimentos, comer juntos con presencia real, invitar al que está solo, compartir la mesa con quien no tiene. Pequeños gestos que reactivan la lógica del don frente al consumo individualista.

Vivir en la certeza del amor invencible: la solidaridad nace de la seguridad, no del miedo

Pablo afirma que nada puede separarnos del amor de Dios. Quien vive en esa certeza no necesita acumular para sentirse seguro, no teme dar porque sabe que es amado sin condiciones. Proponer en la formación comunitaria el redescubrimiento de la gratuidad del amor de Dios como fundamento de toda solidaridad. La generosidad cristiana no nace de la culpa sino de la gratitud.

DOMINGO 18° DEL TIEMPO ORDINARIO



Dadles vosotros de comer

Mt 14,16

Cuando lo poco
se comparte con amor
y se pone en las manos
de Jesús, alcanza
para todos y sobra.



ÉL SE COMPADECIÓ.
VIO NUESTRA NECESIDAD.



TOMÓ LOS PANES,
DIO GRACIAS Y LOS PARTIÓ.



COMPARTIÓ.
Y TODOS COMIERON
HASTA SACIARSE.



*La lógica de Jesús es el compartir,
la lógica del Reino es que todos tengan vida.*

